13. Cristo revela y llena nuestra soledad

Qué feos se ven inmediatamente nuestros rostros cuando están ensombrecidos, abatidos, oscurecidos y cerrados por una mirada de envidia, de antipatía, de desprecio. Así lo expresa san Pablo al introducir el himno de la *kenosis* y la glorificación de Cristo en la carta a los Filipenses: «No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús…» (Fil 2,3-5).
Es decir: tened en vosotros la mirada apacible y humilde de Cristo sobre vosotros mismos y sobre todos. Esto es lo que quiere san Benito cuando pide que los hermanos «se precedan unos a otros en honrarse mutuamente» (RB 72,4).

¿Por qué caemos tan fácilmente en este abatimiento de nuestro rostro, de nuestra mirada, que está hecha para elevarse hacia el deseo de lo infinito, de Dios, hacia ese deseo que nos eleva y que mantiene en alto nuestro rostro?
El problema es una falta de verdad, de una mirada veraz hacia nosotros mismos, hacia los demás, hacia Dios. Como bien lo expresa san Pablo al guiar la mirada de los Filipenses desde el abatimiento encerrado en sí mismos hacia la contemplación de Jesús, de sus sentimientos que se revelan en la parábola pascual de su vida. Como si dijera: «Si queréis aprender a elevar la mirada, si queréis conocer vuestro verdadero rostro, mirad a Jesús, aprended de Él, es más: ¡asimilad en vosotros a Jesús, sus sentimientos, su relación con todos y con todo, su relación con el Padre! Porque esta es la verdad de vuestro rostro, esto salva la belleza y la bondad de vuestro rostro, de vuestra persona, de vuestra vida, de vuestra vocación, de vuestras relaciones mutuas».
Como dice el salmo 33: «Contempladlo, y quedaréis radiantes» (Sal 33,6). Quien mire a Cristo tendrá un rostro resplandeciente de su luz.

Por eso es fundamental que nos demos cuenta de lo que ocurre cuando nos encontramos con Jesucristo, de lo que significa y de cómo ese encuentro transforma —o querría transformar— nuestra vida y nuestro corazón. Si realmente queremos que estar con Jesús sea un paraíso, debemos comprender qué cambia Jesús en nuestra vida y en nuestro corazón cuando está con nosotros.

El primer cambio que provoca la presencia de Cristo en nuestra vida es, sencillamente, que ya no estamos solos. Los primeros en comprenderlo fueron los pastores de Belén. «En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor.». (Lc 2,8-9)

Cristo eligió a los pastores, al igual que elegirá a Zaqueo y a los publicanos, al igual que elegirá a Marta, María y Lázaro, para mostrar a todos —ricos y pobres, grandes y pequeños, santos y depravados— que tiene compasión de nosotros. ¿Compasión de qué? De nuestra soledad. ¡Sí, estamos solos! Los pastores están solos, Zaqueo está solo, y todos los hombres y mujeres del mundo están solos.

«Pero, en fin —podríamos objetar todos—, ¡no hay que exagerar! Tenemos a nuestras familias, a nuestros amigos, a nuestros hermanos, a nuestros compañeros; estamos rodeados de tanta gente... ¡No estamos tan solos!»
¡De acuerdo! Pero tampoco los pastores, ni Zaqueo, ni siquiera María y José, ni la samaritana o Nicodemo, ni el centurión ni el buen ladrón, sabían ni pensaban que estaban solos antes del día en que un anuncio resonó en sus vidas, en sus corazones: «Os ha nacido un Salvador; ¡ha nacido un Niño para vosotros! ¡Está aquí para vosotros, para ti! Viene a llenar tu soledad, esa que llevas dentro desde siempre, pero que tanto has engañado, eludido, llenado con tantas relaciones, encuentros o cosas, sin llegar nunca a saciarla».

Los pastores, en las largas noches estrelladas de Palestina, debían sentir de todos modos esa soledad, porque aquellas noches, aquellos silencios, aquellos espacios infinitos y sin rostro, no podían evitarlos, no podían engañarlos. Eran demasiado pobres para permitirse el lujo de eludir la cita de su corazón con su verdadera soledad.

Hay una frase del hermano Roger de Taizé que siempre resuena en mí desde los tiempos de mi lejana juventud monástica: «*Je m'attache à vivre en homme qui sait sa part inéluctable de solitude* —Me dispongo a vivir como un hombre que conoce su ineludible parte de soledad» (*Ta fête soit sans fin*, Taizé 1971, p. 147).

En la noche del nacimiento de Jesús, cuando apareció «una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios y decía: "¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama!"» (Lc 2,13-14), fue como si ante los ojos asombrados de los pastores se revelara la verdadera belleza del cielo: no una infinidad de estrellas perdidas en la oscuridad del firmamento, sino una comunión gozosa, la comunión de los ángeles que reflejaba sobre ellos el amor de Dios, la gloria amorosa de la Trinidad. ¡Qué sorpresa: en el Cielo no hay soledad! No tanto porque los seres celestiales sean innumerables, sino porque todos están unidos en el amor de Dios.

Pero una vez terminado el espectáculo, los pastores podrían haberse sentido aún más solos. ¡Imaginad el silencio tras haber escuchado el canto de miles de ángeles! ¡Imaginad la oscuridad tras haber sido deslumbrados por la luz del Cielo! Ningún ángel se queda con ellos para consolarlos en su aislamiento, en su exclusión. Pero los ángeles saben que el corazón del hombre sufre una soledad que solo Dios puede consolar. Los ángeles son innumerables y, sin embargo, envían a los pastores hacia un único niño, pobre como un hijo de pastores. Él ya está allí, está en su casa, en su morada de paja, estiércol y pobreza. Jesús ya reina sobre el reino de su soledad.

Entonces corren a su encuentro, sedientos de consuelo. Entran y ven. Una madre tumbada, agotada por el parto; José afanado en arreglar lo mejor que puede el alojamiento improvisado… ¡Y Él! ¡El Niño! No hay más que esta pequeña familia que vive en la indigencia el momento de su mayor alegría. ¿Han venido miríadas de ángeles para atraer a los pastores hacia Él, y nadie, salvo esta joven pareja, está junto al Niño?
Los pastores ven la soledad de Jesús. Es como la suya, como la de todos los hombres, la de todos los corazones. El Hijo de Dios está solo por compasión hacia nuestra soledad. Vive una inmensa soledad que nos espera, que nos necesita a nosotros, nuestra compañía, nuestra sonrisa, nuestra lágrima de emoción.